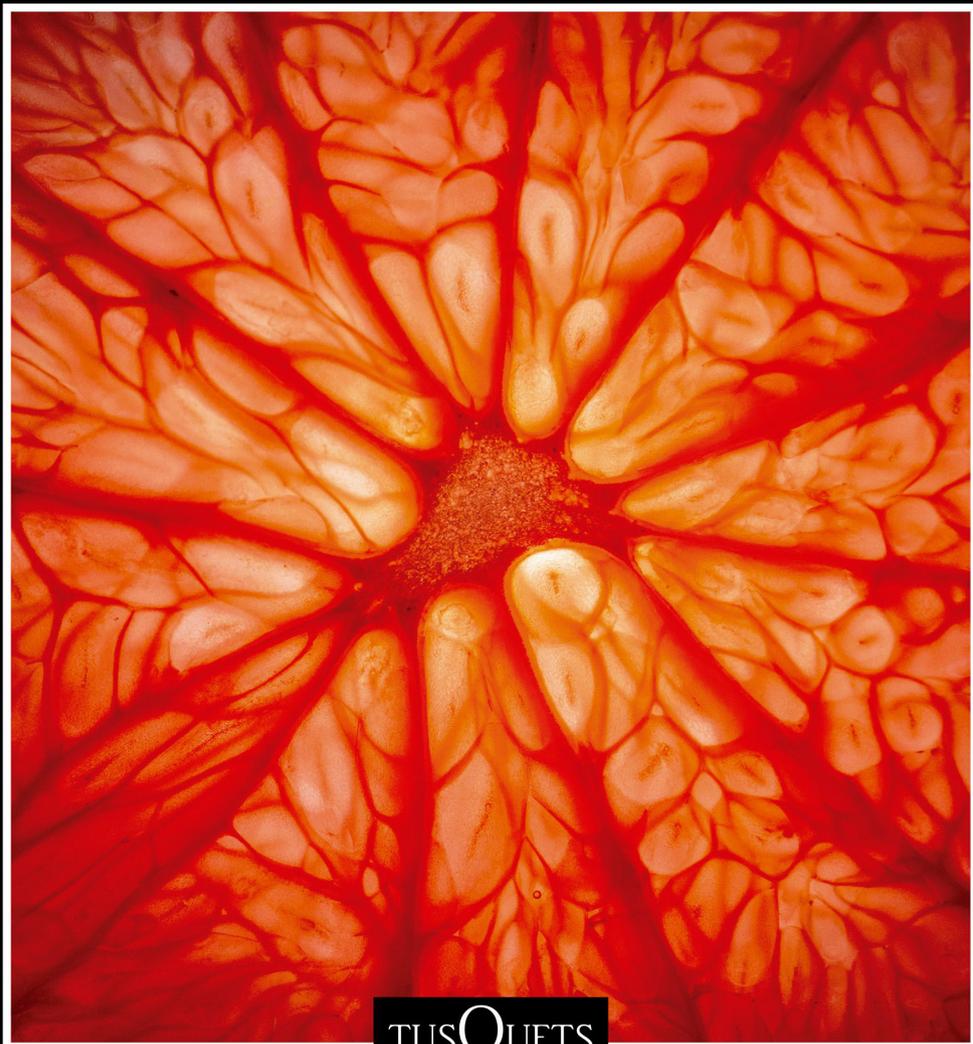


# Luz Vítolo

# FRUTA DE VERANO

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

LUZ VÍTOLO  
FRUTA DE VERANO

TUSQUETS  
EDITORES

## Una casa sin gesto

Después de asomarse a la cocina y echar una mirada rápida, Dafne recorrió el piso de abajo. Encontró las llaves de la camioneta apoyadas sobre una cómoda. Las guardó en uno de los bolsillos del saco. Llamó a Pablo un par de veces; no atendió. El auto estaba mal estacionado en la entrada, en diagonal, casi mordiendo el cantero. Abrió la puerta que daba al sótano, prendió la luz desde afuera, bajó tres escalones y se agachó para mirar. Aunque estaba vacío, se veía desprolijo. Volvió a cerrar con llave; subió a las habitaciones. Las cajas estaban amontonadas en el centro de cada cuarto, lejos de las paredes. Abrió los placares y los cerró casi sin revisar. Quedaban algunos objetos que nadie embalaría, desparrramados en los diferentes compartimentos. No eran basura, pero tampoco eran lo suficientemente significativos como para llevárselos: un pisapapeles, un muñeco de la Cajita Feliz, invisibles para el pelo, una gorra con el nombre de un laboratorio farmacéutico bordado.

En el baño, Dafne se refrescó la cara. Se miró al espejo sin verse y deslizó la mano pesada por los cachetes, arrugando la piel hacia abajo. Hundió la mano en el pelo. Estiró las raíces para ver mejor las canas. Más de un mes sin teñirse, quizás dos. Usó las manos mojadas para atárselo. No había toalla. La sacudida llenó el espejo de gotas. Quería localizar a Pablo e irse.

En su habitación todavía estaban las cortinas puestas. Eso la enojó. Intentó descolgarlas en puntas de pie, pero el brazo se le cansaba. Desde la ventana se apreciaba el jardín. Las hojas caídas cubrían el pasto y la losa. En lugar de estar apelmazadas por la humedad, se veían como un colchón mullido. En la perspectiva de la pileta vacía, Dafne divisó una interrupción. Un semicírculo negro asomaba en el ángulo que hacía de frontera entre la parte baja y el descenso hacia lo hondo. Era la cabeza de Pablo. Dafne se corrió de la ventana. Su marido estaba acostado dentro de la pileta vacía. Apoyada en la pared, la golpeó con el puño varias veces, golpecitos rápidos e impacientes. Cerró los ojos un momento e intentó sosegar su respiración. Cuando estuvo lista, salió.

El rechinar de la puerta corrediza hizo que Pablo se volviera hacia ella. Dafne se acercó al borde. Desde ahí lo veía bien. Pablo estirado en la pendiente; los pies a un metro del agua que se había

acumulado con las lluvias del mes. Por reflejar el cielo, el agua parecía casi negra. Con el taco de la bota, Dafne barrió hacia el abismo algunas hojas. El escaso movimiento que generaron al caer daba cuenta de la espesura del líquido. Dafne continuó caminando, un pie delante del otro, siguiendo el borde. Desde la parte baja de la pileta, pudo apreciar en su marido la amenaza de la calva, una imagen satelital del agujero de ozono, cada año más grande. Dudó antes de sentarse en el segundo escalón. Se quitó la bufanda y la estiró para taparse mejor los hombros.

—Hay que bajar las cortinas de nuestro cuarto —dijo Dafne.

Pablo movió apenas la cabeza.

—No encuentro el juego de llaves extra —agregó.

—Me parece que lo tiene tu hermana —dijo Pablo.

—No te escucho. Hablá más fuerte.

Pablo palmeó el piso descascarado a su lado. Dafne resopló antes de pararse y caminar hacia ahí. Tenía puesto el saco de paño color caramelo.

Se sentó a menos de un metro de Pablo. Cruzó las piernas estiradas. Sus tacos quedaron más cerca del agua que los zapatos de él.

—¿Violeta? —preguntó Pablo.

—Se queda a dormir en lo de mamá.

—¿Va a aguantar?

—Le dije que esta vez no la íbamos a ir a buscar.  
—Después de una pausa breve, Dafne agregó—: Si nos llama, voy yo.

Dafne paseó una de sus manos por el piso. Agarró unas ramitas chicas que encontró y las tiró al agua.

—¿Vamos?

—Un ratito más —suspiró él.

—No, dale. Hace frío. Vamos.

—Es un ratito —dijo Pablo y la tiró del codo hacia él.

Dafne se recostó. Hizo un bollo con su bufanda y la puso detrás de la cabeza. Se apoyó un segundo y se volvió a sentar. Tiró de un mechón de pelo de la colita para levantarla, se la estaba clavando y le molestaba. Se acostó de nuevo, esta vez un poco más lejos de su marido.

Pablo murmuró algo que Dafne no llegó a escuchar.

—Habla más fuerte.

El cielo, de un blanco brillante, anunciaba lluvia. Faltaba que se acumulara gris y bajara un poco la temperatura. Dafne dobló los dedos y los frotó contra el pantalón.

—Que es muy linda esta casa —dijo Pablo.

Las palabras rebotaron en las paredes celestes; subieron veloces como patitas de insecto por los costados de la pileta.

—Sí. Era muy linda —coincidió ella. Dafne se movió para levantarse.

—Bancá. Ya nos vamos —la frenó él.

—Dale, Pablo. Hace frío. Todavía hay que guardar cosas, tomar algunas decisiones. Benicia se va a las siete. Hay que alcanzarle las llaves antes. A menos que quieras venir vos a abrirles a los de la mudanza.

—No quiero eso. Quiero quedarme un poco más.

—No, dale.

Dafne se sentó. Pablo sacó la mano de su bolsillo y tomó la de ella. La miró.

—Un poco más y nos vamos.

Dafne le soltó la mano y gateó hasta la pared. Se apoyó en uno de los costados de la pileta. A su alrededor había venecitas caídas de distintas gamas de celeste.

—¿Los que vienen tienen hijos? —preguntó Pablo.

—No sé —dijo Dafne y se soltó el pelo.

—¿Van a poner un cerco?

—Es obligatorio.

—¿Desde cuándo? —preguntó él y se giró interesado.

—Siempre fue —contestó Dafne—. Pero la gente no lo hace.

Un gato blanco con motas marrones bajó por los escalones y se acercó a ellos. Dafne le ofreció la mano, pero el gato fue hacia Pablo.

—Hola, Cava. No te vamos a ver más —le dijo él.

El gato se trepó al pecho de Pablo. Con las uñas, empezó a jugar con la tela impermeable de la campera.

—Te la va a enganchar toda —se quejó Dafne.

—Adoptemos un gatito.

—No tuvimos acá, no voy a tener en un departamento.

Pablo levantó con cuidado al animal, que seguía con las uñas clavadas en la ropa, y lo depositó en el piso.

—No me dejan jugar con vos —le dijo Pablo al gato.

—¿Vamos? —insistió Dafne.

Ella había comenzado a temblar. Pablo reptó hacia su mujer, haciendo ancla en los codos. Rodeó las piernas de Dafne con los brazos y apoyó la cabeza en sus rodillas. El gato se paseó por debajo de las piernas de ella.

—A veces lo escucho —dijo él.

—Ay, Pablo —se quejó ella.

—En serio.

—Bueno, ya nos vamos.

Dafne le dio unas palmaditas toscas en el pelo.

—Pienso en eso todos los días.

—¿Qué te dice Chomer? —preguntó ella.

—No dice mucho.

Pablo levantó la cara y se miraron.

—No fue tu culpa —le dijo Dafne.

—Ya sé. Tuya tampoco.

Dafne retrocedió. Un movimiento ínfimo de cabeza, casi imperceptible. No esperaba esa estocada.

—Me lo acuerdo como si estuviera mirando todo desde el borde. Me veo a mí mismo saltando —dijo Pablo.

Dafne apretó los párpados.

—Siento el tirón en la nuca, como si fueran mis pelos los que agarré para levantarle la cabeza. Lo siento acá. Todo el día con la sensación de que algo me tironea y que estoy haciendo fuerza.

Pablo se pasó la mano por la nuca y la bajó al cuello; se hizo un masaje corto e inútil.

—Como si mi cabeza caminara un segundo por detrás de mi cuerpo —agregó.

Dafne le dio dos toquécitos en el hombro para que se levantara.

—¿Vos dónde estabas? —siguió Pablo.

—No me acuerdo.

—Te acordás.

—Ya te dije —lo esquivó ella.

—Decime de nuevo.

—Adentro. Salí cuando ya lo habías sacado.

—¿Y cómo te lo acordás?

Respiró hondo por la nariz, con un poco de ruido. Después contestó:

—No pienso en eso.

Pablo ajustó la tensión del abrazo en las rodillas de Dafne.

—¿No?

Dafne miró a su alrededor, como persiguiendo su respuesta.

—En Luca, no. Pienso en Romina y Horacio. En esta casa. En que por ahí era Viole.

—Yo pienso en sus ojos abiertos, en su cara sin gesto —dijo Pablo con voz fascinada.

Había levantado la cabeza para decir eso. Miró la línea que dividía el agua oscura de la pared clara. Después, volvió a apoyar la mejilla.

No dijeron nada más por un rato. Recién cuando el viento cambió de dirección, Dafne volvió a insistir:

—¿Ahora sí?

Pablo se paró por partes. Primero se sentó. Sacó una pierna y con esfuerzo se incorporó. Después, ayudó a su mujer. Usó menos fuerza de la necesaria y ella casi se cae para atrás. Dafne se sacudió el saco a la altura de la cola. No logró hacer que se desprendieran todos los pedazos de hojas. Las más claritas se camuflaron en el saco. Pablo abrazó a Dafne. Los brazos de él a la altura de los codos de ella hacían difícil que devolviera el gesto.

Salieron de la pileta. Dafne primero. Pablo arrastró los pies hasta los escalones. Extendió el brazo para tomarle la mano a su mujer. Ella lo vio,

pero no sacó la mano del bolsillo. Rodearon el recángulo celeste. Dafne, absorta en el agua negra. Llena, la piletta tenía una profundidad máxima de un metro noventa. Vacía, el agujero superaba los dos metros. Se detuvieron en la punta, en el lugar exacto en el que uno se pararía para tirarse.

—Las piletas vacías son más peligrosas que las piletas llenas —dijo Dafne.

—Si te cayeras, podrías romperte un brazo, una pierna, pero no te morirías —contestó Pablo mientras ejercía una levisima presión con la mano en la espalda de su mujer.

—Lo leí en una revista, no lo inventé yo —dijo Dafne—. En una hora quiero estar afuera.

Dentro de la casa, le encargó a Pablo que bajara las cortinas y volviera a revisar placares y cajones.

—Si hay algo que quieras, rescátalo. Los de la mudanza se llevan solo lo embalado.

—Hagamos la última recorrida juntos —sugirió Pablo.

Agarró a Dafne por la solapa del saco e intentó besarla. Dafne toleró el beso sin cerrar los ojos.

—Le dije a Romi que cruzaba a despedirme —dijo ella.

—Esperame y vamos juntos.

—Dije que pasaba sola.

Dafne salió de la casa. Sacó las llaves y desactivó la alarma del auto. Lo rodeó. Se metió en la parte

de atrás de la camioneta. Barrió una Minnie de Violeta al piso y se acostó en el asiento. La puerta no había cerrado bien. Se tapó la cabeza con la bufanda para que no la molestara la luz del techo. El pitido de la puerta se activó. Lo dejó sonar.